

Las tres claridades

(De *La Antorcha*, México, D. F.)

—Dedicado a la ASOCIACIÓN DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS E INTELLECTUALES DE COSTA RICA, en respuesta a su mensaje de julio último (1).—

LA lectura del mensaje en que los estudiantes costarricenses me honran con el título de maestro, me conmovió profundamente, no tanto por lo que halaga mi orgullo, sino más bien por la impresión que me deja de pena por no poder corresponder con acierto a tan significativa investidura.

¿Qué puedo yo decirles, qué puedo enseñarles, si en el seno de mi propia conciencia, muchas veces no hallo respuestas para acallarme a mí mismo?

¿Imagináis la turbación de un viajero que llevase mucho tiempo de estar perdido en una selva, y que de pronto se encontrase con un grupo alegre de jóvenes, que antes de interrogarlo, lo proclamaban sabio y lo nombraban su guía?

Me imagino que el primer gesto del sorprendido viajero sería sonreír con cierta amargura y cavilar. Esto me pasó a mí al darme cuenta de los entusiasmos de esa juventud briosa y esclarecida. Vacilé y pensé, y en seguida se me ocurrió que quizás ese mensaje de infinito que ustedes y yo buscamos, será claro o confuso en las frentes de los mismos muchachos soñadores que interrogan. Quizás la verdad está entre ustedes y por obra del mismo ahinco con que la buscan no tardará en abrirse paso y en difundir claridades.

De todas maneras, la viva simpatía que me expresan, hará que yo me sienta acompañado en mi soledad y me pone en condiciones de hacer lo que me figuro que haría un buen caminante con sus compañeros de extravío: después de los primeros instantes de turbación se sentiría fortalecido y diría: «busquemos juntos el camino», y al más ágil le pediría que subiese a la palmera más alta, para abarcar horizontes y al más fuerte le diría que cortase ramares para abrir una brecha, y al más sagaz que observase la marcha de las hormigas que conduce a donde hay manantial o corriente de agua, y al de frente soñadora lo pondría a observar el vuelo de las aves, por ver si adivinaba en los signos del aire, las rutas de la tierra.

De un modo semejante habremos de proceder nosotros si queremos descubrir tesoros y tierras prometidas, cumpliendo cada uno, con pureza, su propósito, guardando en cada caso la más estricta lealtad a su misión particular, pero atentos, sin embargo, al fin común de superar la materia y aprovecharla para la realización del ideal.

En nuestra profunda empresa se nos irán muchos días de fatiga y largas noches de desvelo, se pasarán los años y quizás no hagamos otra cosa que correr de miraje en miraje, ya desencantados, ya estremecidos por la certeza de una nueva ilusión! Todo ilusión vana, ni tierra feliz, ni dicha apacible, ni un reposo tibio para la cabeza fatigada. Todo lo que toquemos se contaminará de pasión o de escándalo, y pasaremos erguidos y alerta entre el horror de las catástrofes y el júbilo de los éxitos. Dolor y

júbilo, profundo, inescrutable contraste de nuestra naturaleza miserable y luminosa!

Haremos obras, diremos palabras, palabras de quebranto y palabras de esperanza. Pero si solamente decimos palabras, acabaremos por no creer en ellas ni nosotros mismos y además de malos caminantes que han perdido la ruta, apareceremos como embaucadores que con necias historias pretenden engañarse recíprocamente en la soledad de la selva. Al contrario, para que se crea en nosotros y para lograr confianza nosotros mismos, será menester que nos esforcemos y que cada uno ayude a la tarea común a la vez que cumple la suya. Será menester que unos contribuyan con el tino que se deriva de la experiencia, otros alentando al que sube muy alto si no pueden subir por sí mismos, o bien cansando el brazo con el que desbroza monte o procurando observar las hormigas o adivinando el sentido del vuelo de las aves, pero poniendo cada quien, un derroche de diligencia y de sinceridad, de pasión y de simpatía.

De tal suerte procuraré trabajar al lado de ustedes a distancia, pero sin dejar jamás de tomarlos en cuenta, sin olvidarlos en mis vacilaciones. A tomarlos siempre en cuenta me obliga el honor recibido. El me compromete a mantenerme digno y a mostrarme sincero. A causa de ustedes, ya ni siquiera podré pensar en la comidad de las claudicaciones. Grande o pequeña la transacción corrompe. La vida nos lleva a determinadas situaciones en las que ya no se tiene el derecho de transigir. El ideal cuesta dolor y cuesta sangre; su peso de gloria, exalta las almas, pero agobia los cuerpos y ha hecho renegar en más de una ocasión a sus elegidos.

Pero no puede dejar de sentirse firme el que se siente apoyado por la generación que hará la historia. No somos de hoy, sino de mañana: esto nos comunica algo de la fuerza de la eternidad.

Las bravas expresiones con que han querido saludarme, servirán para que yo me sienta alentado y comprometido. Sé que algún día las miradas penetrantes y luminosas de la juventud, escrutarán mi conciencia hasta lo más recóndito y es menester que yo pueda descubrirme sin bochorno. Ninguno de mis motivos estará oculto. Esto es lo único que puedo prometer. No tengo doctrina original que comunicarles, ni enseñanza secreta que revelar. No he hallado el camino de arriba, pero no recurriremos a trampas ni a bajos ardides para encontrarlo. Esto no es santidad, pero siquiera es limpieza de conciencia, y si no podemos ufanarnos ni de santidad, ni de saber, ratifiquemos por lo menos un juramento de fidelidad y devoción a los más altos intereses del espíritu.

La claridad es sencilla, pero cuesta los mayores esfuerzos de la creación. El agua, para ser clara, tiene que perforar las montañas o tiene que precipitarse en torrentes. ¡Hagamos que truene y resplandezca la catarata del ideal! El diamante lo ha fundido el rayo.

(1) Dicho mensaje fué publicado en el Núm. 20 del tomo 8.

(Pasa a la página 209).